

Conclusión General

Habiendo presentado el caminar de la Iglesia en América Central, con las acentuaciones puestas en las experiencias de base, especialmente en los sectores populares, ofrecemos ahora algunas de nuestras conclusiones.

1. **De la rica experiencia vivida** a partir de lo que ha sido un “**catolicismo tradicional**”, surgen algunas valores originales: la presencia de un **liderazgo laico** convencido y creativo. Este laicado supo conservar, animar y hasta enriquecer la vida religiosa de la población. Esto se ve claramente desde las primeras experiencias de los CPD y de las CEBs, especialmente allá donde la presencia del clero diocesano o religioso era escaso. Con una convicción de fe, aunque no suficiente, es la fuerza más eficaz para un apostolado cristiano genuino. Es ciertamente una realidad que no se puede ignorar: todavía en los años 1960s y previo a esto, hacía falta una profundización evangelizadora y catequética en la pastoral. Esto era debido en gran parte a la falta de una organización pastoral, a las dificultades de comunicación y de acceso, la ausencia de una planificación, de una formación y evaluación pastoral para los evangelizadores. Desde un principio el liderazgo laico actuaba más conforme a las intuiciones propias y carecía de un organismo coordinador. A pesar de estas limitaciones, lo que se hizo se hizo a partir de esta realidad y es lo que produjo frutos en los años posteriores.

El liderazgo de las CPD, de las CEBs, de la Acción Católica, fue una rica experiencia de trabajo conjunto de laicos y clero, con innegables frutos para la Iglesia en América Central. El **gran mérito de estas experiencias** está haber formado muchos cristianos laicos, convencidos y pastoralmente comprometidos; haber preparado y asumido muchos de los temas que serían abordados en el Concilio Vaticano II, las asambleas de Medellín, Puebla y Santo Domingo. Otro mérito de estas experiencias es haber iniciado las primeras **experiencias de pastoral insertas en la realidad centroamericana**. No se pone en duda su fuerza evangelizadora y transformadora. Es justo también reconocer que a pesar de toda la riqueza en cuanto a los frutos de estas experiencias, estas no fueron capaces de alcanzar, a través del anuncio del evangelio, a toda la realidad centroamericana. En otras palabras, hay todavía asignaturas pendientes, entre las cuales se podría mencionar el reto de “anunciar el Evangelio también a los ricos y a las élites poderosas de la región”. No es que esto no se haya realizado, pero no se hizo con la fuerza y la creatividad necesaria de acuerdo al momento que se vivía. El profundo significado teológico – eclesial del Concilio Vaticano II, y las coyunturas en las cuales ha tenido que vivir la Iglesia, quiérase o no, exigían una apertura a nuevas estrategias pastorales. La reflexión y los aportes del Concilio sobre el tema de los laicos, urgió una revisión de muchos de los hábitos adquiridos. Unido a este esfuerzo la realidad de los regímenes militares y la injusticia estructural en la región se

presentaban como desafíos pastorales. Es aquí donde la fe y la convicción fueron determinantes. Era entonces necesario prepararse y formarse para hacer frente a tales desafíos.

2. **El período que hemos querido abordar en este trabajo de 1968 a 1992** es muy importante para la Iglesia en Centro América porque, como hemos tratado de presentarlo en la Parte I, **porque coloca las bases de una acción pastoral de las Iglesias locales de la región**. Es además, un período de mucho significado eclesial: La densidad del Concilio Vaticano II y la toma de conciencia de la Iglesia de América Central en particular como de toda la Iglesia latinoamericana con la Conferencia de Medellín. Lo que no existía antes, aparece ahora con la novedad de los primeros proyectos de pastoral, que fueron los intentos por sistematizar un compromiso evangelizador. En el plano **político-social** entran en escena, aunque ya venían de años atrás, los regímenes militares, lo que provocó una actividad eclesial más amplia y comprometida, orientándose la mayor parte de los esfuerzos hacia el pueblo pobre. Es donde **las CEBs** y la **Teología de la Liberación** comienzan a delinear su identidad eclesial. En este esfuerzo inicial de las bases y de los teólogos, fue importante la presencia y el acompañamiento, la solicitud pastoral por parte de los obispos como también de toda la Iglesia universal. Es aquí donde adquiere su peso lo realizado y dicho por las grandes Conferencias del Episcopado Latinoamericano (CELAM) en Medellín (1968), Puebla (1979) y Santo Domingo (1992), que son los momentos privilegiados de comunión y participación como Iglesia continental. Es aquí donde las Conferencias Episcopales asumen efectivamente la evangélica opción preferencial por los pobres y se comprometen decididamente en la defensa de la persona humana.

Para estar en sintonía con la Iglesia universal adquieren especial significado **las visitas *Ad limina* que los episcopados** de la región realizaron durante este período que hemos estudiado. Así también, y no menos importante, fue la visita apostólica que el Papa Juan Pablo II hizo a Centro América en marzo de 1983. Dentro del contexto de **los enfrentamientos armados en la región**, sus mensajes dieron la pauta para la acción pastoral de los años siguientes. En este sentido podemos también situar los grandes encuentros sinodales en Roma durante este mismo período. Pero es justo reconocer que muchos de estos documentos, por muy fundamentados que sean, no todos logran llegar a ser comprensibles para la inmensa mayoría de cristianos del continente, y esto porque nunca ha sido fácil la evangelización de las grandes masas de la población en profundidad, y el mensaje no llega tampoco aún a las élites que tienen la capacidad de decisión; unido a esto está también el problema, todavía existente hoy en día, de la falta de un acompañamiento y apoyo efectivo al compromiso político y social de los laicos. Esta es una de las grandes deficiencias en la pastoral actualmente. Los templos están repletos de cristianos practicantes, pero muy poco de esto se traduce en una presencia eficaz y transformadora en la

sociedad. Todavía existe la incapacidad de armonizar, en comunión evangelizadora, las muchas corrientes de espiritualidad que ahora están extendidas por todas partes.

3. Un elemento **importante en este proceso** de las Iglesias en la región centroamericana es sin duda alguna **“el cambio de lugar social”**, efectuado por la Iglesia de América Central. Desde una reflexión inductiva, a partir de la realidad, supieron interpretar los llamados del Señor de la Iglesia y de la historia. Aquí podemos hablar de la fidelidad al auténtico espíritu conciliar, el cual no consistió en una transposición literal, más bien de adaptación a la realidad, posibilitando así una mejor eficacia evangélica. Lo que se observa durante este período es **una creciente conciencia eclesial**, donde las reflexiones pastorales están volcadas hacia una práctica pastoral; que ante las múltiples exigencias del contexto en el cual deben desarrollar su acción pastoral, provoca una profundización de los más variados aspectos. Se afrontaron muchas cuestiones, pero no siempre se dio la debida y requerida profundización.

Sobre esto último se constata por ejemplo que a pesar del cambio de lugar social, a pesar de los cambios, turbulencias y de la introducción de nuevos elementos de reflexión y de acción pastoral, la concepción del laico prácticamente no cambió mucho. **No se niega**, como ha sido el esfuerzo por mostrarlo aquí en este trabajo, **el éxito pastoral de los grupos que asumieron decididamente una pastoral orgánica** y las orientaciones episcopales, lo cual confirmó muchos de los aciertos pastorales. Pero el desafío actual en este campo consiste en el desarrollo de otras categorías, como también de una mayor capacidad y sensibilidad evangelizadora, especialmente en relación con la justicia y la situación real de la inmensa mayoría de la población. Junto a este desafío pastoral aparece también la exigencia de una sintonía y articulación de las diversas categorías, grupos pastorales, aunque eficientes, andan muy dispersos en los esfuerzos por llegar a las inmensas masas populares que están carentes de una evangelización sistemática. Esfuerzos se hacen en este sentido, como son por ejemplo el Sistema Integral de Evangelización (SINE), Parroquia Misionera (que es en la práctica una adaptación del primero), neocatecumenales, etc.

4. **El Vaticano II representó una recuperación y un despertar de la conciencia eclesial**, **un** querer volver a las fuentes, una mayor sensibilidad a los signos de los tiempos. Esta inspiración, relacionada con la **complementaridad** de las dimensiones cristológicas y pneumatológicas de la eclesiología católica, permitió un florecimiento amplio de la ministerialidad, con una amplia participación activa de los laicos. Adquiere aquí particular relevancia, aunque no lo hemos tratado en profundidad durante este trabajo, la doctrina sobre la Iglesia particular, especialmente en el sentido de posibilitar respuestas pastorales y ministeriales a las peculiaridades laicales. Esto era muy claro en las motivaciones al iniciarse la experiencia de los CPD. En este sentido podría decirse que la “práxis” precedía la teoría, lo que fue el caso en

muchas experiencias piloto. Actualmente se hace un esfuerzo de evaluación y revisión de lo caminado hasta este momento.

5. **Las CEBs merecen destacarse en las reflexiones teológico-pastorales en nuestras Iglesias.** Su eclesialidad garantiza que las opciones pastorales que hacen son eclesiales, ejercidas dentro de una amplia ministerialidad. Indudablemente, ellas representan lo que de mejor se concretiza en este sector, lo cual no esta exento de tensiones y desafíos. La presencia de una preocupación pastoral en algunos obispos ha garantizado, sostenido y favorecido la creatividad pastoral y responsable. **El desafío mayor en este campo consiste en llegar y llevar a bien las CEBs a los centros urbanos y con los cristianos de clase media y alta de la sociedad.** Todavía se está lejos de esta realidad y más bien parece que ser que son los nuevos movimientos del apostolado seglar los que llegan a estos sectores, pero este esfuerzo se queda más hacia “adentro” que hacia “afuera”. Todo lo cual no soluciona el problema de la ausencia del laicado en la problemática social.

Es justo reconocer que las CEBs son siempre frágiles en el plano estructural, a pesar de la existencia de esfuerzos por coordinarlas, creando comisiones diocesanas y de trabajo en los distintos niveles de Iglesia, aunque en algunos casos las instancias de coordinación no existen más. Si bien es cierto que el espíritu sinodal reapareció después del Concilio Vaticano II, lo que fructificó en consejos pastorales, sínodos diocesanos, sínodos continentales, sínodos de los obispos, etc., como espacios abiertos a la comunión y a la participación del Pueblo de Dios. Estas instancias tienen carácter consultivo. Las decisiones descansan siempre en las manos de la jerarquía. Algunos documentos de la Sede Apostólica han definido claramente hasta dónde puede llegar la participación de los fieles, y comprendiendo aquí hasta las mismas conferencias episcopales.¹

Pero esta debilidad estructural de las CEBs no ha impedido su desarrollo. Aunque también hay que reconocer que sus cuadros no se rejuvenecen.² Se observa que las nuevas generaciones no son ya atraídas por los ideales comunitarios o revolucionarios de sus padres o abuelos. La sociedad actual va en el sentido de la afirmación de las libertades y de las capacidades individuales, lo que de por sí presenta una dificultad a los proyectos comunitarios. Agregando a esta situación está el hecho de la migración hacia los países que ofrecen posibilidades económicas, como son los EEUU y la Unión Europea. Como lo hemos observado a través del trabajo, las experiencias pastorales a

¹ *Instruction sur quelques questions concernant la collaboration des fidèles laïcs au ministère des prêtres*, En *La Documentation Catholique*, n. 2171, 1997, p. 1009-1020; *Motu proprio Apostolos suos*, En *La Documentation Catholique*, n. 2188, 1998, p. 751-759.

² Cf. CONSEJO DE MUJERES MISIONERAS POR LA PAZ, *La semilla que cayó en tierra fértil*, Op. cit.. Esta obra testimonial como muchas otras son el reflejo del envejecimiento de los cuadros de CEBs y de la falta de apoyo de en las estructuras parroquiales.

base laical y comunitaria habían nacido, crecido y consolidado en experiencias comunitarias ya existentes: capillas, religiosidad popular, grupos de Acción Católica, etc., lo que ahora podría parecer como experiencias pasadas de solidaridad. Pero son estas nuevas generaciones las que estarían en capacidad de transformar y de manera profunda la sociedad actual porque son ellas las que están creciendo en medio de las nuevas realidades y los nuevos cambios. Es ahí donde la solidaridad debe tomar las formas que corresponden a los nuevos desafíos, a la nueva mentalidad, partiendo de la acción de los nuevos sujetos.

6. **El hecho de una Iglesia que está en el mundo**, participar en el mundo, como estando en un tiempo intermedio (entre la instauración del Reino por Jesucristo y su plenificación en la gloria) y en un espacio físico, sin, no en tanto que, ser del mundo, **trae consigo una tensión benéfica**. Entendiendo aquí lo “benéfico” porque exige a la Iglesia una sensibilidad y autoconciencia del respeto por la alteridad del mundo. Es una tensión real, pues existe siempre el riesgo de querer acaparar todo para sí los destinos de la historia, descalificando al mundo de su autonomía. Existe también el peligro de identificarse con el mundo, renunciando a lo genuino de ser entre las presencias del mundo, la portadora de *otra presencia*, sacramento privilegiado del Reino. Es, precisamente este excedente escatológico del misterio que justifica el ser y la acción de la Iglesia en el mundo. Con todo, en función de la pedagogía de encarnación del Verbo, continuada por la Iglesia, está vinculada al mundo. **La Iglesia es capaz de asumir su propia secularidad y respetar la autonomía**, esto es la secularidad a lo interno, representada y actuada por el fiel laico. En esta instancia surge un gran desafío. La impresión que se tiene es que la jerarquía se arroga el derecho de exclusividad en las decisiones y en las orientaciones en cuanto al tipo de presencia y de acción de los laicos en el mundo, y que los laicos deben ejecutar. Pienso que, con relación a la Iglesia en América Central, el caminar de los laicos no es lo suficientemente valorizado, especialmente en cuanto a la contribución de la experiencia secular de los laicos que no está elaborado en función de un proyecto misionero hacia el mundo. Parece haber una secreta e inconfesada sospecha acerca de la capacidad de los fieles laicos cuando se trata de acoger la contribución que les es propia. Usualmente, y esto lo muestran bien las experiencias locales, cuando se ha tratado de la planificación pastoral. O bien, a veces la “psicosis de la ortodoxia” puede disfrazar una desconfianza de la gracia bautismal, actuante en los fieles laicos, que los habilita al ejercicio de su misión, como Iglesia, en el mundo. Puede también suceder que el laicado no asume su propia índole secular, sin el cual la Iglesia ejercerá desfasadamente su misión.

7. **Si bien ha habido conflictos intraeclesiales**, en lo que se refiere a la presencia y misión específica de los laicos en las realidades temporales, sobre todo cuando se trata de las opciones y de los proyectos que expresan un compromiso en el mundo, hay que reconocer que ha habido un avance notable de concientización y convicción. Persiste, sin embargo, la tendencia de considerar

el compromiso eclesial del fiel laico como algo restringido a los ministerios o tareas intercomunitarias, con el consabido peligro de separar desde ahí la fe y la vida. Se preparan evangelizadores laicos, catequistas, animadores de comunidades, líderes y coordinadores, pero mucho de este esfuerzo se queda al interior de la misma Iglesia. Se constata que muy poco se va hacia el mundo. Hay que reconocer que en ciertos momentos el acento recaía en salir hacia el mundo y se olvidaron los compromisos hacia el interior. En cuanto a lo primero, no hay duda que hoy día los laicos están respondiendo con creces a las tareas de la misión y la evangelización, pero se ha descuidado la otra dimensión, de una proyección y acción en el campo social. Esta sería una de las mayores lagunas en los procesos de pastoral en estos momentos: el descuido de las realidades seculares. Hay una carencia de personas que asuman cristianamente las tareas en pro de las mejoras sociopolíticas y económicas, lo cual es algo que “grita hasta el cielo”.

Así podemos ver, sobre esto último, **el notorio descuido pastoral que ha habido hacia las élites que deciden en los países centroamericanos**, en gran parte portadoras de una concepción de la fe desvinculada de la vida. Algunas de estas élites, que se conducen por las convicciones de fe, cuando entran en el campo sociopolítico y económico, son literalmente abandonadas a sí mismas. Lo que se expresa una falta de acompañamiento pastoral, especialmente cuando entran en un sistema corrupto y que muy pronto son asimilados al mismo. Es importante aquí que la Iglesia, en este caso las Iglesias centroamericanas, debe apoyar a aquellos hombres y mujeres que ella misma ha preparado a través de sus sistemas de pastoral y de evangelización, que se comprometen políticamente inspirados por los principios de su doctrina social y que buscan el bien común de todos. **No hay aquí incompatibilidad entre la misión de la Iglesia para el bien de todos con el apoyo y acompañamiento a un cristiano que, por la vía política partidaria, asume la tarea de servir al bien común.** En la práctica, y es lo que se ve frecuentemente, muchos ciudadanos, beneficiados o preparados por la Iglesia, pensamos en tantos que pasan por las escuelas y universidades católicas, como también en las parroquias y movimientos apostólicos, acaban por favorecer las estructuras injustas de un sistema que atenta contra el bien común, simplemente porque éste se vuelve como la única instancia que le apoya y le sostiene. De ahí la importancia de un acompañamiento pastoral a la hora de las opciones en la vida de los fieles cristianos.

8. **Nuestros países centroamericanos viven momentos críticos y decisivos en su historia.** ¿Cómo construir una nueva sociedad en medio de la realidad que ahora se vive? Algunos de los aspectos más críticos en la tarea de construir una nueva sociedad en América Central: debe pasar por el compromiso **en favor de la vida y de los derechos humanos**, para superar los esquemas de muerte que existen siempre; debe pasar por la lucha en favor de un nuevo orden internacional, substituyendo al que ahora oprime y aniquila a las mayorías pobres y excluidas; debe pasar por un esfuerzo de conservación de la naturaleza y de las reservas de que posibilitan la vida que el Buen

Dios ha legado a la humanidad. Muchas de estas preocupaciones están reflejadas en los escritos pastorales de los obispos como también en los proyectos de pastoral. Estos sentimientos y convicciones no son monopolio del episcopado. Son parte de las preocupaciones de muchos hombres y de muchas mujeres de nuestra tierra ante tantos problemas y también de sus esperanzas. Estos tres campos expresados como tarea son decisivos para el futuro de nuestros pueblos. Tendremos una nueva sociedad si esos valores se convirtieran en conciencia colectiva y en cultura comunitaria. Ciertamente, la expresión privilegiada del verdadero culto al Dios de la Vida es que la Iglesia, toda ella, se comprometa en esta misión. Es tarea de todos los ciudadanos, y que para los cristianos se convierte en uno de los momentos más decisivos de la “nueva evangelización” en vista de una nueva sociedad. Es ahí donde, como en todos los ámbitos del mundo secular, es prerrogativa de los fieles laicos que sean protagonistas, a través de un apostolado eclesial que ellos ejercen de manera peculiar, como discípulos de Cristo, impulsados por el Espíritu Santo, para la gloria del Padre.